



Navidad 2014

“En distintas ocasiones y de muchas maneras habló Dios antiguamente a nuestros padres por los profetas. Ahora, en esta etapa final, nos ha hablado por el Hijo”.

Esta declaración de la Carta a los Hebreos sitúa el misterio del nacimiento de Jesucristo, Hijo de Dios e hijo de María, en la etapa final del diálogo de salvación mantenido por Dios con el hombre desde el principio de su historia. Y en esta declaración se revela el misterio de Dios. No es un ser encerrado en sí mismo. Es Amor que se da como vida a todos los seres creados por él, en especial al hombre, en el que ha puesto su misma imagen. Es Amor que se da a conocer de forma incesante y progresiva al hombre y le llama a la comunión de vida con él, en un diálogo incesante de misericordia, ternura y consoladora esperanza. Dios es Palabra, es Comunicación de la Verdad y la Luz que son reflejos de su Bondad. Dios se ha revelado como Padre que dialoga con amor con sus hijos, que busca la respuesta libre del amor de sus hijos. ¿Y cual ha sido la respuesta?

El profeta Isaías confiesa la hermosura de su misión de mensajero de la Buena Noticia de liberación que Dios le encarga anunciar a la Jerusalén cautiva en Babilonia. Con toda su fuerza de vigía de Dios grita: *“¡Despierta, despierta, vístete de tu fuerza, Sión, vístete el traje de gala, Jerusalén, santa ciudad!... Sacúdete el polvo, ponte en pie, Jerusalén cautiva, desata las correas de tu cuello. (Is 52, 1-2). E invita a aclamar la venida del Señor a su ciudad elegida, diciendo: “Romped a cantar a coro, ruinas de Jerusalén, que el Señor consuela a su pueblo, rescata a Jerusalén”. El fundamento de este gozoso y consolador anuncio es que el Señor vuelve a Sión, para reinar en ella: “¡Tu Dios reina!” (Is 52, 7).*

Este anuncio de salvación se ha cumplido de forma definitiva en el nacimiento de Jesús, el Mesías, el Señor, que viene a salvar a los hombres de sus pecados. El nacimiento del Hijo de Dios ha hecho posible ver cara a cara al Señor que viene a habitar en su casa y con los suyos. Y la fiesta de la Navidad nos ofrece el consuelo de Dios y nos hace experimentar la alegría de comprobar que Dios se muestra cercano a nosotros, más aún, se hace presente en medio de nosotros en un niño de nuestra misma carne. Se hace presente y suscita ternura, porque manifiesta su propia ternura de Padre con el nacimiento de su Hijo en Belén.

El anuncio de Isaías: *“Tu Dios es rey”*, es decir, *“Ya reina tu Dios”*, se hace realidad también en el nacimiento de Jesús. El reino de Dios llega con el nacimiento de Jesús; y se manifiesta de una manera sorprendente, pues el niño que nace en la mayor pobreza no tiene apariencia de rey. Sin embargo, el reino de Dios comienza realmente así. La transformación de la condición humana, la transformación del mundo comienza con el nacimiento de Jesús, que nos hace cambiar nuestras perspectivas por completo, para



introducimos en las perspectivas del reino de Dios, que garantiza el verdadero reino del hombre y el respeto de su dignidad y sus derechos.

La Carta a los Hebreos nos ayuda a comprender que el niño nacido en Belén es el Hijo de Dios, por el que nos habla su Palabra definitiva. El niño de Belén nos habla ya con su presencia del amor de Dios y del proyecto de salvación que Dios le envía a realizar. La realización completa de este proyecto nos ha dado a conocer que este niño nacido de María en la más extrema pobreza es reflejo de la gloria de Dios e *“impronta de su ser”*, porque **es el Hijo unigénito de Dios.** *“Por medio de él ha ido realizando”* Dios *“las edades del mundo”* y *“él sostiene el universo con su palabra poderosa”*. ¡Qué sorprendente misterio! Este niño indefenso, que ni siquiera tiene la capacidad de hablar, es, en realidad, la persona que sostiene todo el mundo con el poder de su palabra. A este niño, que viene a realizar la purificación de los pecados, le adoran ya en Belén todos los ángeles como Hijo primogénito de Dios.

El prólogo del Evangelio de Juan nos presenta al niño nacido de María como el Hijo único del Padre, Palabra eterna y creadora de Dios, origen de la vida y fuente de la luz de los hombres, que *“se hizo carne y acampó entre nosotros”*. Pero el texto indica igualmente que *“el mundo no la conoció. Vino a su casa y los suyos no la recibieron”*.

El apóstol Pablo describe con lucidez en la carta a los Romanos algunas formas de aquel rechazo de Dios y sus consecuencias. Su diagnóstico no carece de actualidad cuando denuncia la impiedad *“de los hombres, que tienen la verdad prisionera de la injusticia... Pues lo invisible de Dios, su eterno poder y su divinidad, son perceptibles para la inteligencia a partir de la creación del mundo a través de sus obras; de modo que son inexcusables, pues, ...no lo glorificaron como Dios ni le dieron gracias; todo lo contrario, se ofuscaron en sus razonamientos, de tal modo que su corazón insensato quedó envuelto en tinieblas. Alardeando de sabios, resultaron ser necios... Por lo cual Dios los entregó a las apetencias de su corazón, a una impureza tal que degradaron sus propios cuerpos; es decir, cambiaron la verdad de Dios por la mentira, adorando y dando culto a la criatura y no al Creador...Por eso Dios los entregó a pasiones vergonzosas... cambiaron las relaciones naturales por otras contrarias a la naturaleza...Y como no juzgaron conveniente prestar reconocimiento a Dios, los entregó Dios a su mente insensata, para que hicieran lo que no conviene, llenos de toda clase de injusticia, maldad, codicia”* (Ro 1, 18-29).

Frente a esta situación de desconocimiento de Dios, el prólogo del cuarto evangelio termina reafirmando que el Hijo unigénito de Dios es quien nos ha dado a conocer a su Padre. Conociendo al hombre Jesús, contemplándolo en sus palabras y en sus acciones, y siguiéndolo desde su nacimiento hasta su muerte en la cruz, hemos conocido a Dios. El mismo Jesús nos aseguró que quien le ha visto a él, ha visto al Padre (cf Jn 14, 9). Y a cuantos reciben con fe la Palabra hecha carne *“les da poder para ser hijos de Dios”*, renaciendo del agua y del Espíritu (Jn 3,5).



Carlos López Hernández

De esta manera, y desde la propia experiencia de la vida nueva en su Hijo Jesús, Dios nos ha dado a conocer el misterio de nuestra vida. En Jesús, Dios da a conocer al hombre lo que es el hombre. Por ello pudo decir Jesús: *“yo soy la verdad”, “yo soy la luz del mundo”*. Quienes creemos en él estamos en la luz y somos su luz.

Los que, en esta celebración del Nacimiento del Hijo de Dios en carne humana, confesamos haber conocido el amor de Dios y creer en él, tenemos que acreditarlo con alegría. Y debemos hacerlo especialmente con la ayuda generosa a las personas y familias que por falta de trabajo están en dramática situación de necesidad. E igualmente con el testimonio de la fe y del amor ante quienes todavía no han reconocido que *“la gracia y la verdad nos han llegado por medio de Jesucristo”* (Jn 1, 17).